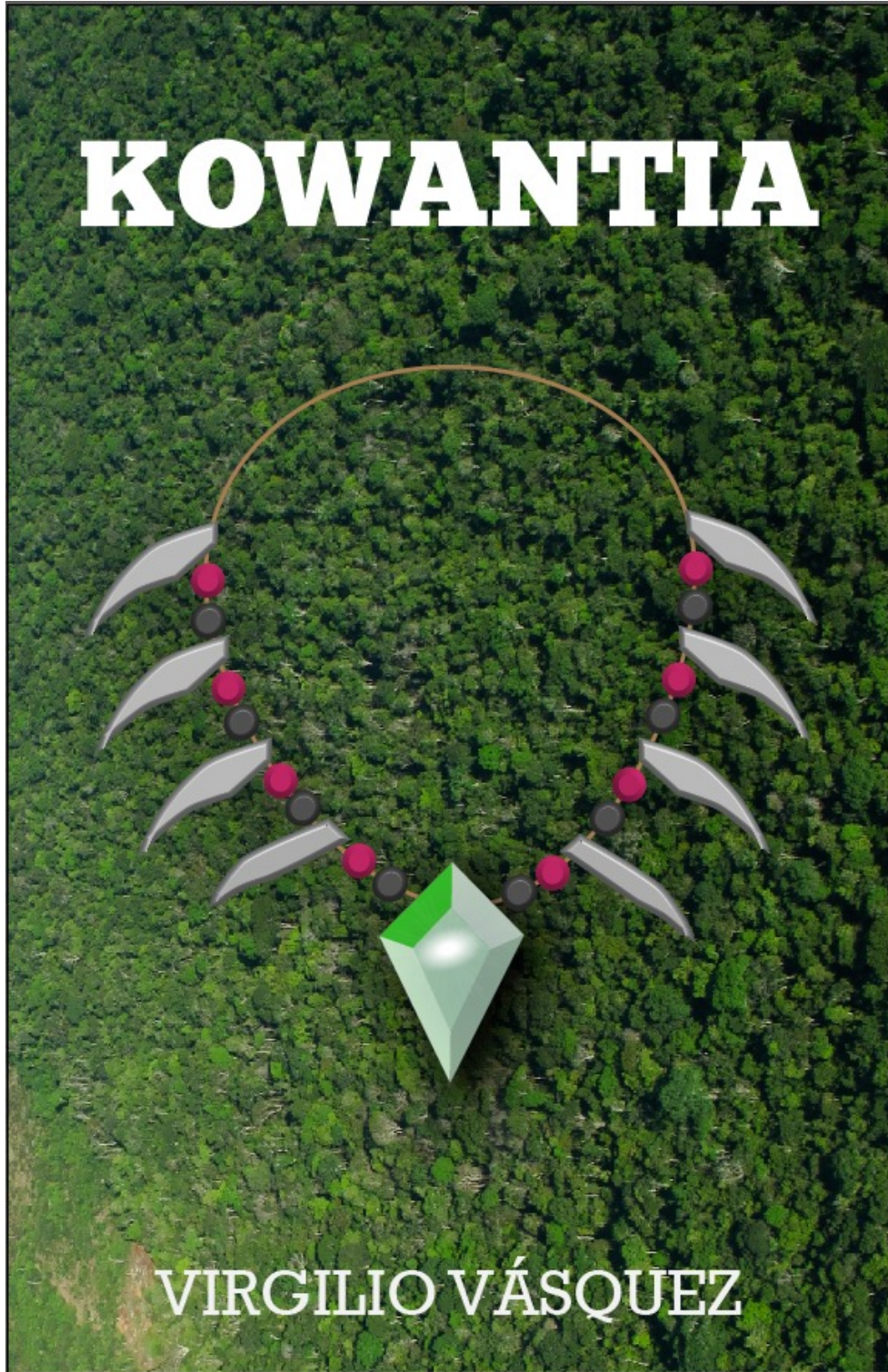


KOWANTIA

Virgilio Vasquez



Capítulo 1

SIGLO XVI

1

A ratos descansaba para tomar aire; sin embargo, el miedo que lo dominaba pudo más que el cansancio y emprendió de nuevo a correr entre los árboles que pululaban en la enmarañada y tupida selva; en su rostro, marcado por un rictus de miedo extremo, corre abundante sudor. De la coleta con la que lleva atado el negro y húmedo cabello se han soltado varios mechones que, al enredarse en su cara, entorpecen aún más el avance. Múltiples arañazos y pequeñas cortadas aparecen en la sudorosa piel de brazos y piernas, donde las mangas de la camisa y de las calzas se ven desgarradas. Irremediablemente, se hallaba extraviado en un sitio totalmente desconocido, mientras los ruidos que pululan a su alrededor contribuyen a aumentar el miedo y el andar sin rumbo.

De pronto, oye claramente algunos murmullos ininteligibles a su espalda. Se vuelve sin dar con los autores de aquellos ruidos y aumenta la velocidad de la carrera mientras volteaba a mirar hacia atrás, por lo que no pudo ver que frente a él aparecía el tronco de un gran árbol, contra el cual fue a estrellarse con toda la velocidad que llevaba. Todo se tornó oscuro a su alrededor mientras caía sin sentido.

Capítulo 2

2

Han pasado varios días desde el desembarco, sentado a la orilla del mar, aspiro el inconfundible olor de la brisa marina; las suaves olas vienen a morir lamiendo mis pies desnudos. Escribo durante un pequeño respiro mientras nos preparamos para dar inicio a la expedición por entre la selva...

Quien relata, es un muchacho que cuenta apenas con catorce años; desgarrado como una caña y fuerte como ellas; de grandes ojos verdes y abundante cabellera color castaño, que lleva atada en una coleta para evitar el enmarañamiento que causan los vientos.

Soñador como muchos en esa edad, se había enamorado de las narraciones y anécdotas escuchadas de boca de algunos mercaderes, marineros y huéspedes que solían visitar o pernoctar en la posada de su madre. Oyó las aventuras que habían vivido durante los viajes realizados hacía pocos años, cuando cruzaron más allá del «Océano Tenebroso» para descubrir nuevos mundos. Decidió embarcarse en la próxima expedición que se dirigiera hacia esas tierras y para ello apeló a su tío Juan, quien había navegado anteriormente como tripulante en algunos de los viajes capitaneados por El Almirante y actual Virrey de los territorios descubiertos en el Nuevo Mundo. Solicitó permiso a su madre y se alistó como paje en el viaje que actualmente llegaba a su fin.

También, con la ayuda de algunos mercaderes y viajeros huéspedes de la posada, había aprendido a leer y escribir y comenzó a plasmar sus vivencias en hojas sueltas, que se han ido convirtiendo en un diario que guarda cuidadosamente en un macuto con el resto de sus herramientas.

En sus sueños se ve como un gran lobo de mar o convertido en almirante y comandando una gran carabela hacia tierras desconocidas y así como aquellos llevan sus bitácoras y diarios de a bordo, el joven marinero también lo hace. El caso, como hemos leído, es que se había embarcado en la tripulación como un simple paje y debía cumplir las órdenes de los marineros veteranos durante la travesía.

Hoy, a 19 de noviembre, del año del Señor de 1499, partimos de Puerto de Palos hacia las indias occidentales. Nuestro capitán Vicente Yáñez Pinzón, comanda la flota de cuatro carabelas.

... Yo Fernando de Umbría, me he embarcado como paje acompañando a mi tío Juan de Umbría...

... La nave de tres palos navega rodeada por un inmenso mar azul, que se confunde en el lejano horizonte con el más claro del cielo. El olor inconfundible y el viento que corre en ese momento envuelven mi cuerpo mientras descanso en un rincón de popa. Otros sonidos llegan de pronto a mi recuerdo:

—¡Eh, pajecillo, mueve el trasero! Trepa al palo de mesana, ayuda a arriar las velas, friega la cubierta... Eran órdenes comunes que iban y venían y que gustosamente cumplía en el afán de conocer todo sobre aquella nave y sus secretos.

—Ayuda al cocinero, pela las papas, saca el pescado del tonel, eran otros mandatos que me gustaban menos, pero igual corría a cumplir para no ganarme los coscorrones que estaban acostumbrados los veteranos a zamparle a cualquier paje o grumete que no cumpliera las órdenes rápidamente.

... Hoy, a 26 de enero del año del Señor de 1500, se acerca el final del viaje. Luego de varios meses navegando nos acercamos a tierra. Hemos avistado desde el navío una gran lengua de tierra.

... Habiendo desembarcado, el capitán Vicente Yáñez puso por nombre a la tierra descubierta Cabo de Consolación.

Capítulo 3

3

Días después del desembarco, los expedicionarios avanzaban hacia el norte siguiendo las orillas de grandes ríos o abriéndose camino a través de tupidas selvas y bosques. Las jornadas se hacían difíciles y lentas por lo intrincado de la selva. Quienes iban en vanguardia abriendo el sendero, debían turnarse varias veces durante la jornada.

La humedad del terreno hacía que en ocasiones, el calzado de los expedicionarios se hundiera varios centímetros, empeorando la lentitud de la marcha. Al caer el sol, aparecían de la nada, bandadas de mosquitos que los atacaban a mansalva.

En una de las jornadas se toparon con un grupo de indígenas, quienes blandiendo arcos, lanzas y garrotes y emitiendo fuerte gritería los tomaron por sorpresa, dando inicio a una escaramuza. Los expedicionarios, cuya intención no era luchar, ni atacar a ningún nativo, se agolparon buscando la manera de defenderse a como diera lugar; no obstante, rápidamente fueron rebasados por los atacantes y huyeron corriendo a través de la tupida selva.

El joven paje, entre tantas vueltas y desvíos durante la huida, se alejó de sus compañeros y al mucho rato de correr sin mirar atrás, se dio cuenta de que estaba solo. Gritó varias veces llamando a sus compañeros, obteniendo como respuesta apenas un pequeño eco de su voz, que era apagado por la espesura de la selva. Estaba solo; solo y perdido a expensas no únicamente de los atacantes, sino de las fieras y alimañas que seguramente debían habitar aquel territorio.

Capítulo 4

4

Despertó atontado todavía por el golpe sufrido, viendo sobre sí, varios rostros extraños; ojos rasgados; el cabello con un flequillo que cubría parcialmente sus frentes, recortado de una forma que le recordó un cuenco boca abajo; la nariz y las orejas lucían atravesadas por palillos de madera o con plumas de algunas aves y sin ninguna vestimenta que cubriera sus cuerpos. Unos cargaban en las manos, largos arcos y en sus espaldas, una aljaba con flechas; otros llevaban un grueso garrote de madera. Hablaban entre ellos en un idioma ininteligible para él.

«Napú, napú[1]», era lo que le parecía oír, mientras lo señalaban.

Lo levantaron a empujones, pero sin realmente maltratarlo y comenzaron a caminar, adentrándose por un sendero del que, en su alocada carrera no se había percatado que existía. Observó que entre los caminantes no se encontraba ninguno de sus compañeros, por lo que dedujo que además de extraviarse, se había alejado suficiente de sus amigos, para que en estos momentos fuera el único de los blancos capturado por los «salvajes».

Avanzaron a través de la tupida selva durante horas. El calor y la humedad reinante lo sofocaban mientras sus captores parecían no verse afectados. La sed comenzó a atormentarlo e hizo señas para que le dieran algo de beber. Le acercaron una especie de calabaza con un orificio protegido por un tapón de madera, le hicieron gestos para que la agarrara y bebiera de su contenido. Así lo hizo y para su alivio era agua fresca, de la cual tomó varios tragos hasta sentir satisfecha su sed.

El grupo de indígenas, además de sus armas, cargaban con racimos de plátanos y otras plantas y llevaban entre varios, un madero del cual colgaba un raro animal, parecido a un cerdo grande, pero con la trompa más larga.

Un rato más adelante llegaron a un claro en la selva, donde podía verse una especie de gran cabaña redondeada con techo en forma de cono, hacia donde se dirigieron.

Al entrar, vio que la misma estaba formada por un gran patio en el centro, en cuyo alrededor se observaban personas, pero no reunidas en un único sitio, sino que se acomodaban en pequeños grupos, cada uno en torno a un fogón; echados en hamacas, sentados en cuclillas o directamente en el suelo. Imaginó que la separación en grupos pudiera

ser por familias o alguna afinidad particular.

Vio con sorpresa unas cuantas mujeres, que al igual que los hombres iban totalmente desnudas; tendidas en las hamacas o sentadas en el suelo. Todas llevaban la nariz atravesada por palillos de madera y sus orejas llevaban flores, en lugar de las plumas que llevaban los hombres.

Algunas amamantaban a sus críos, mientras otras, al mismo tiempo que de un pecho daban de mamar a sus pequeños, con el otro amamantaban tranquilamente un animalillo. Una alimentaba un monito, al que distinguió por el pelo que lo cubría y la larga cola, y otra un venadito, que succionaba tranquilamente como si de su madre se tratase.

Observó además, que varios chiquillos correteaban en los alrededores jugando con diversos animales, entre los que se encontraban algunos perros, aves de grandes picos y variados colores y pequeños simios que respondían a las voces de la chiquillería abriendo sus bocas y emitiendo ruidos semejantes a carcajadas.

Fue conminado mediante gestos, a sentarse en un rincón de aquella vivienda y a no moverse del sitio, mientras sus captores se dirigieron a un área donde depositaron los alimentos, los que posteriormente fueron distribuidos entre varias de las personas que estaban en los diferentes aposentos.

Los niños, al igual que algunas mujeres, se acercaron mirándole con curiosidad, hablando entre ellos y haciendo señales hacia él. Unos le punzaban con algunas ramas de madera sin hacerle daño, como para ver su reacción, mientras él, asustado, lo único que hizo fue encogerse sobre sus piernas, mientras los chiquillos y las mujeres continuaban haciendo comentarios entre ellos.

En ese momento, hizo aparición un anciano, con abundantes arrugas en la cara y totalmente desnudo al igual que el resto de la tribu. Como los demás, llevaba en su nariz y orejas, adornos que las atravesaban. Además de estos, colgaba de su cuello un collar elaborado con lo que parecían semillas de frutas, dientes y garras de varios tamaños y del cual pendía una piedra, cuyo brillo sobresalía entre lo demás. Así mismo, en el brazo izquierdo llevaba una especie de brazalete de varios colores, adornado con plumas de aves y varias piedras pequeñas, parecidas a la que colgaba del collar. El anciano debía ser un jefe o líder del grupo, ya que su llegada logró que las pullas y las risas terminaran como por encanto; hizo un gesto abriendo ambos brazos, al cual el público presente respondió apartándose en señal de respeto y obediencia al personaje.

Se dirigió al muchacho hablando en castellano.

—Tu eres blanco, enemigo de nuestros hermanos, ¿Qué haces en nuestra tierra? Vienes como tus compañeros a destruir nuestra raza. Por eso debes morir.

—Abuelo —logró responder el asustado muchacho—, no soy tu enemigo, ni de tus hermanos; mis compañeros y yo venimos en son de paz a explorar nuevas tierras. Mientras nos dirigíamos río arriba fuimos atacados y en la huida, vine a extraviarme y alejarme de ellos. Tus hermanos me encontraron y puedes preguntarles si llevaba alguna arma conmigo, o si intenté hacerles daño. Solo quiero regresar con mi gente.

—Tu expedición fue atacada por otra tribu, que solo quiso espantarlos para que se alejaran de nuestros territorios. Tus compañeros huyeron tan asustados como los venados cuando sienten el olor del jaguar, dijo el anciano con una amplia sonrisa en la boca donde faltaban algunos dientes.

Los ojos del chico, se llenaron de lágrimas de alivio, ya que las palabras del anciano le hacían saber que ninguno de sus amigos había sufrido daño alguno; lágrimas también de tristeza y miedo, al darse cuenta de que no le quedaba más opción que encomendarse a Dios, puesto que habiendo oído algunos relatos que se hacían de las tribus salvajes que conformaban estos territorios, se veía sacrificado a los dioses de estos indígenas, o siendo colocado en las brasas para luego ser devorado. Paganos, sanguinarios y caníbales, eran los cuentos que había oído de sus compañeros de viaje y de algunos huéspedes en la posada.

El anciano se separó del muchacho y deliberó largo rato con los demás, después se acercó de nuevo hasta donde él estaba.

—Los hermanos han hablado; como ni tú, ni tus compañeros han causado daño a ninguno de los nuestros, tu situación será llevada al consejo de las familias y allí decidiremos. Mientras tanto, serás atendido como un visitante, pero no debes tratar de salir del shabono[2].

¿Dónde había aprendido a hablar la lengua castellana aquel anciano?

[1] Extranjero, extraño, blanco, enemigo.

[2] Vivienda comunitaria de los nativos

Capítulo 5

5

Las primeras noches no le fue fácil conciliar el sueño. Acurrucado en un rincón, oía millares de sonidos desconocidos: gritos, aullidos, rugidos; lo que lo hacía enroscarse prácticamente sobre su cuerpo. Sin embargo, lo que más le molestaba eran los mosquitos, que al final de cada tarde aparecían en gran cantidad y lo hacían mantenerse despierto hasta altas horas de la noche y en permanentemente movimiento para lograr espantarlos.

Durante el día, caminaba libremente dentro del amplio patio de la vivienda y poco a poco le permitieron ampliar sus caminatas e incorporarse a las actividades diarias, tales como: sembrar, recolectar o pescar en las cercanías, siempre acompañado de varios nativos.

Para saciar la sed, solo se acercaba a la fuente que los demás usaban para llenar sus «taparas», que era el nombre que le daban al recipiente resultante del fruto de un árbol, el cual después de ser curado, resultaba en un producto que podía ser usado para varias actividades. Haciéndole solo un agujero, servía como cantimplora; si por el agujero introducían algunas semillas o piedrecillas, se transformaba en una especie de sonajero al que llamaban maraka; si lo partían en dos trozos, resultaba una totuma.

Mientras hacía, observaba todo lo que ocurría a su alrededor, apreciando las múltiples diferencias entre la forma de vivir de estas gentes comparada con la de su país.

En cuanto a los alimentos, no le faltaron en ningún momento. Cada vez que la familia comía, lo invitaban a acercarse, o le llevaban de lo que estaban comiendo. Sin embargo, los primeros días de su «cautiverio», solo se alimentaba a base de plátanos y frutas, ya que no se atrevía a comer muchas cosas de lo que ellos ingerían.

A escasos días de su llegada, un grupo de chiquillos se acercaron y le entregaron un chinchorro[1] con sus correspondientes amarras, ayudándolo a colgarla en el sitio que a partir de ese momento sería su hogar.

Tremendo susto se llevó otro día al regresar del conuco cargado con plátanos y frutas y al mirar hacia uno de los fogones, vio sobre unas brasas, un cuerpo «humano»; el terror lo invadió, dejó la carga rápidamente en el sitio correspondiente y regresó hasta su rincón, desde donde miraba el fogón, sobre el cual, aquel cuerpo se asaba lentamente, mientras una mujer le daba vueltas. Los niños lo miraban con curiosidad

al ver el miedo que reflejaba su cara.

En ese momento una chiquilla se acercó y señalando hacia las brasas, se dirigió a él haciendo un gesto negativo, como para darle a entender que no era un humano lo que estaba sobre el fuego, sino un animal; señaló de inmediato hacia donde estaban algunos de aquellos, específicamente hacia un mono.

El alivio y la sonrisa de su rostro fueron tan perceptibles, que la niña con ademán consolador, colocó su manita en uno de los hombros del muchacho, como tratando de decir, que no se preocupara, que él estaría bien.

A pesar de saber que no era carne humana, durante un tiempo continuó sintiendo asco y le sobrevenían náuseas cuando observaba que además de monos y otros animales, también eran colocados en las brasas, grandes insectos: arañas, orugas, hormigas y en otras ocasiones muchos de estos eran consumidos vivos.

El tiempo transcurría y una tarde, uno de sus captores se acercó haciéndole señas para que lo siguiera. Se levantó cumpliendo lo indicado y lo acompañó hasta donde varios ancianos estaban sentados en cuclillas conversando.

El anciano que hablaba español se dirigió a él.

—Hemos conversado y revisado tu situación y presencia entre nuestra familia, decidimos que puedes continuar con nosotros siempre y cuando cumplas nuestras leyes.

—Pero yo quiero regresar con los míos, fue su respuesta.

—Tu gente se ha alejado mucha distancia y no sería posible alcanzarlos. Si decides ir solo, te llevaremos hasta el sendero donde te encontramos y desde allí seguirás.

—Pero no sé a dónde dirigirme.

—Es tu decisión.

El anciano hizo un gesto y el muchacho se retiró de nuevo hasta su rincón, donde luego de pensar y meditar durante un largo rato su situación y no teniendo otra mejor opción, tomó la decisión de seguir durante un tiempo con los nativos; por lo menos hasta lograr conocer o saber la forma de regresar con los suyos. Además, se había comenzado a dar cuenta que los llamados salvajes, no lo eran tanto y que por lo menos con ellos estaría seguro mientras lograba ubicar en algún momento la

forma de regresar con su gente.

[1] Hamaca